

## COSTUMBRES.



## LOS PALCOS Y LAS GALERIAS.

Cuando un teatro merece el favor de las señoras, es generalmente muy concurrido por los hombres; no hay cosa mas natural; y por lo tanto las esplicaciones son ociosas.

Con efecto, cuántos conocimientos, cuántos vinculos, cuántas intrigas se han formado en el teatro!

Pero dejemos las reflexiones y veamos lo que pasa en una galeria.

Junio 13 de 1832.

Vemos tres señoras juntas; es una madre y sus dos hijas, jóvenes de diez y seis á diez y ocho años; las dos encantadoras, la mas jóven no tiene ojos y oídos mas que para lo que pasa en la escena, y se contempla la muger mas dichosa del mundo por estar en el teatro!... no pierde ni una palabra de la pieza, si la situacion es triste, quien la viere lo adivinará en la espresion de su fisonomia, algunas veces sus ojos se llenan de lágrimas, y llora sin apercibirse de ello, porque se halla identificada con los personajes.

La mayor tiene los ojos completamente

enjutos, pero estraordinariamente brillantes; no pasan dos minutos sin volver la cabeza, sin mirar al patio ó á los palcos. Sabe que está bien, piensa que todos los gemelos se clavan en su persona, y por eso no sabe que cara poner para parecer mas bonita, y todo esto la ocupa demasiado para atender á la representacion. Adelante.

Un caballero y una señora; el caballero tiene cuarenta años, no mala figura, pero una fisonomia enojosa. Está leyendo el programa de una funcion que prepara el coliseo, y de vez en cuando mira á los

*Album pintoresco.*

11



palcos; en seguida reprime la gana de bostezar que le ataca tan frecuentemente.

La señora tiene treinta y seis años, y es una de estas figuras insignificantes que no dicen nada; está bien vestida, pero no tiene ningún atractivo en su tocado, ni en su apostura ni en su rostro: se comprende por qué el caballero tiene ganas de bostezar.

Esta pareja se dicen dos ó tres palabras en cada entreacto, y durante la representación guardan el mas completo silencio. Hé aquí su conversacion.

Después del primer acto.—Hace calor aquí.—Pues yo no le tengo.

Después del segundo acto.—Está uno incómodo en esta galería, es menester inclinarse para ver algo.—Tú no te encuentras bien en ninguna parte.

Después del tercer acto.—Esto concluirá tarde.—¿Qué nos importa?

A la conclusion del scinete ya es distinto: ella toma un chal, él un sombrero y se van sin decir una palabra. ¡Qué interesante pareja! ¡Cómo deben divertirse estas gentes! Pero lo que sorprenderá mas á mis lectores es que van todas las noches al teatro, y siempre se divierten del mismo modo. Adelante.

Dos señoras muy bonitas de la clase media hablan bajo, pero con mucho fuego. Deben estar tratando de amores: estas dos señoras tienen confidencias íntimas. Pero el actor que es origen de estas conversaciones sale á la escena, y lanza una mirada sobre aquella parte de la galería donde están las señoras, se dan un mútuo codazo diciendo:

—Nos ha visto; ¿no ves se sonríe?—Tiene un traje muy bonito.—Me gusta mas cuando se viste á la romana.

Mas adelante se vé una familia completa: el padre, la madre y el niño. El padre está medio dormido, pero de vez en cuando la esposa le despierta diciendo:

—¿Qué te parece esto?

Entonces el marido dice:—¿Qué has dicho?... ¿Qué se está representando? ¿Dónde están?...—Luego no atiendes... apuesto cualquiera cosa á que dormias... ¿Es posible que puedas dormir en el teatro?—Te aseguro que no dormia; pero pensaba en otra cosa.

El niño que no puede estar un instante tranquilo se dirige á la mamá diciendo:

—Yo tengo sed.—Hace poco que has bebido.—Pues tengo sed otra vez.—No se puede salir en todos los entreactos para que bebas; estate quieto, ó no te traigo mas al teatro.—No me gusta esta comedia... no hay mas que salones y hombres vestidos de frac.—Carlos, cállate ó te pego en llegando á casa.

Carlos se calla, pero al cabo de un momento deja caer la gorra en las lunetas para que haya ocasion de bajar á buscarla, y mientras dura la representación esta señora no se ocupa mas que de impedir que el marido se duerma y que su hijo charle.

Un poco mas abajo vemos á dos señoras; la una es bonita, la otra es muy fea; están regularmente vestidas, pero tienen un aire algo equivoco. Un joven se ha colocado detrás de estas señoras, es decir, detrás de aquella que es bonita. El joven procura hacer conocimiento con ella; primero la mira de cierto modo; por aquí se preludia siempre. Sus ojos han dicho á esta señora: os encuentro muy bonita, me agradais mucho, y desearia que vd. me encontrase guapo.

Los ojos dicen estas cosas con estremada facilidad, porque tienen un lenguaje que está al alcance de todo el mundo, y espe-

cialmente las señoras nunca se equivocan.

Aquella á quien han hablado los ojos del joven, no le ha disgustado este lenguaje, y ha vuelto la cabeza bien á menudo para ver si los ojos seguian hablando; los ha encontrado cada vez mas elocuentes, y el joven se ha determinado á decir algunas palabras para entablar el deseado conocimiento.

Estas conversaciones empiezan siempre de la misma manera, poco mas ó menos que aquellas que se tienen en un baile con una señora con la cual se baila por la primera vez.

—Mucho sentiria incomodar á vd., hay tan poco espacio entre estas banquetas...

—Vd. no me incomoda, caballero.—Después para ver se vé uno obligado á inclinarse un poco.—Ciertos... no se debe estar muy bien detrás.

—¡Oh! yo aseguro á vd., señora, que me hallo muy bien, no cambiaria mi puesto por el mundo entero.

Estas palabras van acompañadas de una mirada muy significativa; la señora baja los ojos, y pasa ligeramente su lengua por sus labios. Apuesto cualquiera cosa á que se hace el conocimiento.

Ahora echemos una mirada sobre los palcos.

En los primeros está la aristocracia, en los segundos la clase media algo acomodada, y en los terceros cierta clase de pueblo equivoco. A los primeros se va generalmente para hacerse ver; á los segundos para ver á los demas, y á los terceros para ver la representación.

Los tocados mas brillantes están en el primer piso: allí se vé la esposa de un banquero; mas allá la esposa de un título ó de un propietario; la segunda es la que impone la moda, la que lleva lo mas nuevo y asiste al teatro para que la vean; los palcos no dejan de estar concurridos en los entreactos; allí van los dandys y los abonados. Es muy lisongero decir que se acaba de hablar con una notabilidad.

En el palco inmediato hay una joven actriz muy lisongeadá del público; no lleva diamantes; su tocado no ofrece nada notable; pero brilla por su talento. Los liones y otros personajes, esperan que el acto dé principio para entrar en su palco. Harán mucho ruido, cerrarán la puerta con estrépito, hablarán muy alto, como si estuvieran en su casa. Todo esto para distraer la atencion del público, para que empiecen los chicheos y algunos griten: ¡silencio! Pero los liones sonrien desdeñosamente y hacen un poco de mas ruido.

He aquí un caballero que entra en las galerías, en el balcon, que hace que le abran muchos palcos, que saluda á todo el mundo, que no está mas que un momento en cada parte donde se presenta, y que no sabrá qué hacer de él saliendo del teatro.

Aquel otro, que acaba de hablar á la entrada de un palco, encuentra medio en la conversacion de decir continuamente estas palabras: «Mi periódico. Yo diré eso en mi periódico... ¡Ah! yo arreglaré eso por medio de mi periódico.» Es imposible no conocer que aquel caballero es periodista; sin embargo, él se cree tan feliz siendo periodista, y le gusta tanto que todo el mundo sepa que lo es, que uno de sus amigos le ha aconsejado que escriba un renglon en su sombrero para que nadie lo ignore.

Hay ademas, en derredor del patio, y especialmente en el Circo, palcos, de los

cuales no hemos hablado porque tienen echadas las persianas; pero puesto que las personas que los ocupan no se dejan ver, es probablemente... porque no quieren ser vistas; en su consecuencia, nos parece indiscreto procurar apercibirlos.... Dejemos á cada cual que viva como quiera, y haga, como suele decirse, de su capa un sayo.

\*\*\*

## NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

PROVERBIO EN TRES PARTES

POR M. EUGENIO SCRIBE.

(Conclusion.)

TERCERA PARTE.

ESCENA V.

CAMILA, apareciendo en la puerta del fondo.

CAMILA.

¡Qué ideas tan singulares tiene Hortensia!... Anunciarme por medio de su doncella que me aguarda en este pabellon, en vez de recibirme en su aposento, es cosa que envuelve algun misterio... (Sonriendo.) Ya se vé... yo no hubiera venido sino se tratara de asuntos importantes, pero cuando una es un poco curiosa y se la promete un secreto!... (Pensando.) ¿Cuál podrá ser? ¿Si se referirá á Mr. Melval con quien estubo hablando tanto tiempo ayer noche? Si es así me incomodaria, porque estoy en la obligacion de desoir todo cuanto pueda alegar en su favor. (Después de algunos instantes de silencio.) ¿Y en último caso que podria decirme?... Quizá sirvan para mejorar su causa algunas razones (sonriendo.) aparentes y absurdas, (con seriedad) ¡pero en cambio tiene en contra suya otras tantas fundadas y legítimas! ¡Vaya! Demasiado he pensado ello en durante esta noche, para que tenga necesidad de pensar mas.... (Con impaciencia.) ¡Cuando querrá Dios que venga Hortensia! (Viendo que se abre la puerta del fondo.) ¡Ah!... ¡Al fin llegó! (Parándose asustada.) ¡Cielos! ¡es Mr. Melval! (Enrique aparece en la puerta del fondo, y se detiene cortado.)

ESCENA VI.

CAMILA y ENRIQUE.

ENRIQUE.

Perdonad, señorita, si me atrevo á presentar delante de vos tan bruscamente, y sin hacerme anunciar como corresponde. Esto ha consistido en que he llamado al paso un criado, que me aseguró que encontraria en este pabellon el vizconde de Comnènes, á quien deseaba ver antes de mi partida, por si tenia necesidad de hacerme algun encargo para Paris.

CAMILA.

¿Con que estais decidido á partir?



ENRIQUE.

Dentro de media hora... pero no como creía Mme. Desgravilliers para contraer un enlace ventajoso.

CAMILA.

Eso fué lo que ella me dijo ayer noche, cuando concluyó el baile... *(Después de un instante de silencio.)* ¿Será sin duda algún puesto importante el que exige vuestra presencia en París con tanta premura?

ENRIQUE.

No por cierto, señorita; no conozco allí ninguna persona de importancia que quiera concederme su protección.

CAMILA.

¿Pues qué es lo que os mueve á abandonar este país, siendo así que todos aseguran que vuestra posición es envidiable? De público se dice que teneis grandes probabilidades de ser nombrado representante.

ENRIQUE.

Creo que se engañan los que tal digan, señorita.

CAMILA.

Es que yo en vuestro lugar vería lo que daban de sí los acontecimientos... aguardaría...

ENRIQUE.

Esa sería una decepción mas... Convencido de ello, voy á dirigir esta carta al comité electoral, por la que renuncio la honra que quieran dispensarme.

CAMILA.

Haceis mal, caballero, muy mal... Al menos, consultad antes á vuestros amigos...

ENRIQUE.

No los tengo, señorita.

CAMILA.

Con frecuencia sucede que se tienen mas de los que se cree, y si á ellos acudis es bien seguro que os dirán que á vuestra edad es preciso ser ambicioso...

ENRIQUE.

Quizá soy mas de lo que os figurais. Mi ambición, si de algo peca, es de demasiado alta, de demasiado elevada... Si, señorita... he osado en mi desvarío, aspirar á un bien tan grande que todo lo que no sea él, es para mí indiferente.

CAMILA.

Ignoro cual pueda ser ese bien, cuya posesión inspira desprecio hacia todos los otros, pero, de todos modos, el desaliento y la desconfianza no han sido nunca, en mi concepto, los medios mas oportunos para alcanzar un objeto. Sea este el que fuere... preciso es empezar por hacerse digno de él... por merecerle.

ENRIQUE.

¿Y cómo?

CAMILA, con emocion.

Yo no soy mas que una pobre y débil muger, pero me parece, sino me engaño, que vivimos en un tiempo en que cada uno se debe á su país... porque nunca ha tenido este mayor necesidad del talento y del valor de sus hijos... Y cuando se os presenta una ocasión de servirle... Cuando se os presenta una ocasión de defender la causa de las personas honradas y de adquirir gloria y renombre ¿os alejais cobardemente?

ENRIQUE, con alegría y esperanza.

No... me quedará... me quedará!...

CAMILA.

Bien... Enrique...

ENRIQUE.

Mas para conseguir eso es preciso tiempo es preciso consumir dias y dias en el trabajo y el estudio, y si por premio de mis esfuerzos ese bien, ese sueño de toda mi vida cae en poder de otro...

CAMILA.

¿Conozco muchas personas que saben aguardar, y que creen que con mérito, tiempo y perseverancia, todo es posible!

ENRIQUE.

¡Ah! ¡aunque debiera perder la vida antes de conseguir mi objeto, la esperanza sola de entreverle me dará fuerzas para vencer todos los obstáculos!... *(Cuando dá algunos pasos para salir, cierran por de fuera la puerta del fondo.)* ¿Qué oigo? *(Dirigese hacia la puerta de la derecha y sucede lo mismo.)* ¿Si estarán formando barricadas?

CAMILA.

Encerrarnos juntos en este pabellón... ¿qué significa esto?

DESGRAVILLIERS, gritando por la parte exterior.

Ya estais bajo de llave, y no podeis escapar.

ENRIQUE, dando repetidos golpes á la puerta.

Aquí hay algun error... Soy yo, Enrique Melval...

DESGRAVILLIERS, por la parte exterior.

¡Vaya una excusa!... Razon de mas.

ENRIQUE.

Os suplico que abrais...

DESGRAVILLIERS, lo mismo.

No por cierto.

ENRIQUE.

Mirad que no estoy solo.

DESGRAVILLIERS, lo mismo.

Ya lo sé.

ENRIQUE.

La casualidad ha sido causa de que me encuentre ahora aquí, con otra persona.

DESGRAVILLIERS.

No lo ignoramos... con que así un poco de paciencia, que en justificando el hecho, podreis tomar soleta...

CAMILA, trémula y admirada.

¿Qué es lo que dice?

ENRIQUE.

¡Un desatino! ¡Una barbaridad!

DESGRAVILLIERS.

Ya están aquí los testigos, y solo espero la llegada del representante ministerial para instruir el competente proceso-verbal.

ENRIQUE, continuando en su tarea de dar golpes á la puerta.

Os repito, caballero, que estoy aquí con una persona... con una jóven que conoceis...

DESGRAVILLIERS, por la parte exterior.

Y cuya identidad vamos á justificar.

ENRIQUE.

Con vuestra pupila... la señorita de Solanges...

DESGRAVILLIERS.

A otro perro con ese hueso, que yo no me dejo engañar con tanta facilidad... ¡Hola! Ya está aquí el comisario... *(En voz alta.)* ¡Abrid ahora todas las puertas!

*(Las dos puertas y las ventanas se abren á la vez. Camila asustada se refugia al lado de Enrique en el mismo instante en que todas las personas que estaban fuera se presentan en la habitación.)*

ESCENA VII.

DESGRAVILLIERS, EL VIZCONDE, ROUGET, ESTEBAN, el comisario de policía con su faja, y todos los criados de la casa.

DESGRAVILLIERS, precipitándose hacia MELVAL y parándose estupefacto al ver cerca de él á su pupila.

¿Qué veo? ¡Es Camila!

EL VIZCONDE.

Hace una hora que te lo estoy diciendo... y no has querido hacerme caso.

DESGRAVILLIERS.

¿Cómo se explica esto?

CAMILA.

De un modo muy sencillo, mi querido tutor... El señor... *(Indicando á Enrique)* me encontró casualmente en este pabellón pocos instantes después de haber entrado

*(Sigue á la página 86.)*



# HISTORIA NATURAL.



El Orangutan



Sivaterion.  
Ayuntamiento de Madrid





Carnero y cabra silvestres.



El Zorro.



en él, y todavía permanecíamos hablando con la mayor tranquilidad, cuando se os ocurrió la peregrina idea de encerrarnos, y de llamar á una porción de personas, incluso el señor comisario, produciendo de este modo un escándalo que me compromete extraordinariamente.

DESGRAVILLIERS.

¿Qué? ¿podrías suponer?

EL VIZCONDE.

Si... la asiste derecho para suponerlo todo...

CAMILA.

Solo diré algunas palabras mas. Ya sabéis que he rehusado todos los partidos que hasta ahora me habeis propuesto, porque mi deseo acerca de este punto, era aguardar todavía mucho tiempo, si sucedía que alguna vez llegaba á pensar en casarme. Esto mismo era lo que hace poco decia á Mr. Melval.

ENRIQUE.

¡Es exacto!

CAMILA.

Pero en la actualidad me es imposible esperar mas tiempo, gracias al compromiso en que me ha colocado vuestra singular conducta y que no vacilo en calificar de gran desgracia.

EL VIZCONDE, mirando á Enrique.

Quizá para alguno sea una desgracia... feliz

CAMILA.

Y de grado ó por fuerza, bien me convenga esto, bien me perjudique...

EL VIZCONDE, bajo á Enrique.

Vaya si la conviene, ¿no es verdad?

CAMILA.

Me habeis puesto en el caso de ofrecer mi fortuna y mi mano á Mr. Enrique Melval...

ENRIQUE.

De ningun modo... esa es una felicidad que me enloquecería, pero que estoy muy distante de merecer, no solo porque no poseo nada, sino por que me hallo espuesto á las reclamaciones de mis acreedores, y abrumado de deudas...

ENRIQUE, á Camila en voz baja.

Que he contraído por vos.... ya os diré cómo.

ENRIQUE.

Mi delicadeza me prohíbe aceptar.

DESGRAVILLIERS, con intencion.

¡Ya veis que se niega!

CAMILA, sonriendo.

Segura estoy de que aceptará... viéndome comprometida.

DESGRAVILLIERS.

Pero mirad que es un hombre que nada posee... que no es nada...

VETWER, corriendo.

Es un representante de la nacion francesa... ¿Oís las aclamaciones y gritos de alegría?

ROUGET.

Distingo los gritos de los electores de mi distrito. ¡Habrán pillos!

EL VIZCONDE, dando la mano á Enrique.

Al fin te casas con la que amas.

VETWER, cogiéndole la otra.

Y os veis nombrado representante, de lo que me complace extraordinariamente. ¡Bien es verdad que éramos tantos á trabajar en vuestro favor!

EL VIZCONDE.

¿Quiénes?

VETWER.

Todos los acreedores.

EL VIZCONDE, riendo.

Está visto; No hay mal que por bien no venga.

FIN.

CUVIER.

Cuando seres privilegiados por la pródiga naturaleza consagran á la sociedad sus incandescentes desvelos, trabajan por engrandecerla y concluyen por legar á la posteridad los grandes conocimientos que largos años de incandescentes vigilias y profundos estudios les adquirieran en bien de sus semejantes, justo es que esa misma sociedad les rinda un tributo de gratitud, conservando indeleble la memoria de los que con tanto celo como generosidad se dedican á servirla.

Ahora bien, pocos de nuestros lectores serán los que no hayan oído hablar del célebre naturalista Cuvier, gloria de la Francia, y á quien su patria llena de admiracion y de respeto hacia sus grandes conocimientos y preclaro ingenio, llegó á elevar al rango de conde y de baron, colmándole de todos los mas grandes honores y altas consideraciones. Esto no obstante, por si alguno hubiese que no tenga noticia de tan grande hombre, vamos á transcribir íntegra su biografía, escrita por Mr. Julio Janin y recibida con la mayor aceptacion por la Francia entera, que cuenta Cuvier en el número de sus hijos mas ilustres.

Mr. Jorge Cuvier, dice, era un hombre lleno de todas las virtudes que pueden residir en el mundo y de un aspecto imponente, si bien le quitaba algo de su severidad una afable y dulce sonrisa que siempre divagaba por sus labios: al verle nadie hubiese adivinado que aquel hombre en su infancia hubiese sido una criatura pobre, miserable y contrahecha. ¡Tal es el formidable poder de la voluntad! Este ni-

ño débil, feo é impotente, quiso ser un hombre, y lo que es mas un hombre de provecho, y la suerte y su constante aplicacion secundaron sus nobles esfuerzos. Por una feliz revolucion de la naturaleza, su cuerpo se habia erguido, su mirada logró bien pronto adquirir todo el fuego de la animacion, su frente cubierta de un cabello casi rojo llegó á verse sombreada de un hermoso pelo blond y su conversacion, que hasta entonces habia sido lenta y embarazosa, tornóse rápida, espresiva y atrevida: bajo esta maravillosa trasformacion, es como todos han conocido al grande hombre que hoy nos ocupa; así es como le han admirado sus infinitos discípulos; cuando su mirada, llena del fuego santo del saber, se fijaba en ellos que le escuchaban con el mas profundo y respetuoso silencio, justo homenaje tributado al mas sabio entre todos los sabios mas ilustres de la Francia.

Jorge Cuvier fué uno de esos seres extraordinarios que parecen haber traído consigo al nacer el conocimiento de todas las ciencias. ¡Imaginacion prodigiosa que adivinó todo cuanto la ciencia misma no podia revelar y que llegó á abrazar todas las partes de los conocimientos humanos! Ciencias naturales, física, astronomia, filosofía... en fin, todo cuanto se halla encerrado entre el cielo y la tierra habia sido estudiado por Cuvier. Su constante afán le ha hecho hallar una infinidad de razas perdidas en las sombras del olvido y dar nombres á animales que habia destruido el diluvio. Ha compuesto multitud de esqueletos cuyos huesos se hallaban dispersos y hallado nombres para todos los pescados del mar.

Y no crean nuestros lectores que á esto solo se limitaba el incansable anhelo del sabio francés; era tambien un político consumado, y con la misma facilidad pasaba desde su gabinete de estudio al consejo de Estado, que del analisis de un esqueleto á la confeccion de una ley de que tal vez pendia el bienestar y tranquilidad de millares de seres. Para él lo mismo era el hablar que el escribir: viósele á la vez ser profesor en la cátedra y orador en la tribuna. A un mismo tiempo ha sido ministro y miembro de la academia. Cuvier era el hombre universal y la gloria mas incontestable de la Francia. Era el hombre, orgullo de su pais en los estrangeros, y el centro de toda la ciencia. A su alrededor llegaban á reunirse en tropel todas las glorias científicas del mundo intelectual de que era el rey, mas bien dicho el dios y señor. Tal era Jorge Cuvier.

Tarea harto pesada seria el hacer aqui el analisis de las obras de este ser eminente, y por otra parte, era necesaria, para poder llenar tal cometido, otra pluma mas acreditada que la mia, y aun entonces seria preciso escribir un extenso volumen. Pero ya que esto sea enteramente imposible, al menos podremos hacer á nuestros benévolos lectores, una corta reseña de su modo de vivir y por qué sabia economía de su existencia ha llegado á saber tanto y á llenar el mundo literario con sus muchos y asombrosos escritos: segun nuestro modo de pensar estos detalles abundan en el mas grande interés.

La hora de acostarse para este hombre extraordinario, era siempre la de media noche. Habia trabajado tanto durante todo el dia, y tanto era el que le aguardaba para el siguiente, que á aquella hora ya necesitaba de algun reposo. El sueño es una de las mas preciosas condiciones de una existencia laboriosa; devuelve sus fuerzas al hombre fatigado por



el cansancio; hace descansar á la cabeza agobiada por las ideas de la vispera; reanima todas las facultades del espíritu y devuelve á esa misma cabeza toda la fuerza y el pensamiento, la inteligencia y la vida. ¡Ah! ¡el sueño del gran Cuvier era el don mas precioso de la pródiga naturaleza! Transcurridas seis horas se despertaba, y mientras se vestía iba leyendo cartas, arreglaba los papeles y disponía hora por hora y minuto por minuto, el trabajo de aquel día. Rara era la vez que su ayuda de cámara llegaba á tiempo de poder ayudar á vestir á su ilustre amo. Medio vestido ya, corría alrededor de su gabinete, todo ocupado por libros, osamentas, esqueletos, memorias principia- das, minerales y vegetales, poniéndolo todo en orden. No había parte del mundo de donde no le enviasen diariamente algunos restos raros y preciosos de historia natural que necesitaban ser clasificados, ó de algun animal desconocido cuyo nombre le era pedido por otros sabios que respetaban sus profundos conocimientos. Su bufete se veía siempre lleno de plumas, lápices y buriles; porque también escribía, dibujaba y se dedicaba al grabado. Ya hemos dicho antes que Cuvier era universal.

Luego que todo lo había arreglado, se desayunaba, y esta primer comida era ya un trabajo, porque el gran naturalista comía muy poco por la mañana; pero en cambio leía mucho antes de levantar los manteles. Libros y periódicos, nada se le olvidaba: en vano era que tanto su esposa como su hija, se esforzasen por medio de una conversacion llena de gracia y decul- tura, en distraer por algun tiempo de sus profundas meditaciones, á aquel hombre ilustre que tanto amaban. Apenas había concluido de tomar una taza de thé, cos- tumbre á que nunca llegó á faltar, tornábase de nuevo á su gabinete, y allí entre- gado para todo el día á sus meditaciones, poníase á escribir con el mayor afán. Acon- tecía con bastante frecuencia que anun- ciasen alguna visita, por lo regular de es- trangeros que iban de muy lejos para co- nocer al hombre del siglo, y Cuvier, eno- migo de hacer esperar, se apresuraba á introducirlos en el salon, donde paseán- dose de uno á otro extremo respondía á cuanto admirados le preguntaban. En sus respuestas era siempre claro y conciso, y escuchaba con la mayor paciencia á todo el mundo. Penetrando por lo regular quan- to se le iba á decir, lograba con esto el que se concluyesen bien pronto las visitas. Cu- vier no era uno de esos hombres á quie- nes los ociosos hacen su presa; jamás ve- nían á verle sino los que tenían que con- sultar algo con él, respetando los demás instantes tan preciosos.

Daban las dos, y entonces salía de aquel gabinete tan lleno para él de los mas dul- ces encantos. A la primera campanada dejaba el libro sin continuar ni una línea, ni una sola palabra: con la mas grande fa- cilidad pasaba de una á otra idea; tan se- guro estaba siempre de hallar nuevamen- te y cuando quisiera su idea interrumpida, en el lugar que la había dejado para salir á llenar sus deberes sociales: tantos eran los sitios á que se le llamaba y tan indis- pensable su presencia en los diferentes cargos honoríficos á que sus raros conoci- mientos le habían elevado. Miembro del Consejo de Estado, director de cultos en el ministerio del Interior, presidente del consejo de la universidad, miembro de las tres academias; todo era poco para pre- miar los constantes desvelos de aquel ge-

nio; todos estos deberes, de los que uno solo bastaría á llenar la existencia de un hombre ordinario, los desempeñaba Jorge Cuvier con un celo inesplicable. Seguros es- taban de hallarle en todas partes, dispuesto siempre á hablar, jamás omiso en obrar y emitir su parecer. Era tal su criterio, tan rápido y seguro al propio tiempo, que lo mismo en el ministerio del Interior, que en la Academia de las Ciencias ó en la France- sa, escuchábasele como á un oráculo. ¡Era para él tan antigua la costumbre de ser escuchado y para los demás la de oírle! Verdad es que había principiado bastante temprano, pues que á los treinta y cuatro años ya le habían honrado con el cargo de secretario perpétuo del Instituto. Jamás podrá olvidar la Academia de las Ciencias al hombre infatigable que leía cuantas me- morias se presentaban, que comprendía todas las ideas nuevas y exageradas, que respondía á cada uno en su lenguaje par- ticular y según convenia el contestarle. Lleno siempre de paciencia y de bondad, nunca mostrando estar fatigado, era el mas sencillo de los hombres por lo mismo que era el mas inteligente... Hé aquí lo que fué siempre Cuvier en la Academia de las Ciencias, en el consejo de Estado... hablan- do poco pero caminando siempre al fin proyectado; siempre sencillo, siempre pre- ciso, siempre claro y sin dejar jamás de ser el mismo; el sabio entre los mas ilus- tres sabios de la Francia.

Cuando ya había desempeñado todas estas obligaciones tan sagradas para él, luego que ya no era preciso su parecer para ilustrar alguna cuestion, marchaba á su casa, donde le aguardaba un ligero sus- tento. Antes de sentarse á la mesa, leía su correspondencia de aquella mañana, que siempre era inmensa; pero cuando llega- da la hora del descanso, se consagraba á su familia; ya entonces tornándose en hombre de mundo, hablaba con todos re- velando en su semblante la gran felicidad de su alma, y celebraba cualquier chiste con aquella risa estrepitosa que el patio de los teatros reconocia harto bien cuando Jorge Cuvier asistía á ellos por casualidad. Su querida hija sobre todo, su amada Cle- mentina le hacía el mas feliz de los padres. Clementina era su orgullo, su amor y su existencia: la linda jóven había compren- dido bastante pronto á quién debía el ser. Sabía por instinto que la hija de Cuvier, ni debía ni podía ser una muger como las demás, y por lo mismo había estudiado desde bien temprano, á fin de ponerse al nivel de su padre. Clementina, noble niña ocultaba su precoz saber bajo las hermosas flores de su juventud, porque la única di- cha de su alma era el poder procurar al- gunas distracciones al autor de su exis- tencia. Así es que con harta frecuencia acontecia que el noble anciano la miraba con el ciego respeto de un hijo, obede- ciéndola en todo cuanto le decía, suce- diendo no pocas veces que cuanto su pa- dre había descuidado algo el ordinario aseo de la ropa, Clementina corría á él y le hacia ponerse su mejor traje de cere- monia, y sobre aquel espléndido uniforme colocaba con sus lindas manos la cruz de la Legion de Honor, que la respetuosa ad- miracion de sus compatriotas había pre- sentado á su padre. Otras le obligaba á salir de su querido gabinete, y cogiéndole de la mano hacia que la acompañase al teatro, ó besándole con el mayor cariño, le decía: *Necesito un discurso para la pri- mera reunion de la Academia.* Y Jorge Cuvier, ansiando complacer á su querida hija, se entregaba con la bondad mas pa-

ternal al trabajo que Clementina le había encargado.

Pero ¡ah! ¡miserias del mundo! Esta no- ble y linda jóven tan amante y necesaria á su padre; Clementina, la vida, la alegría y ventura de tan ilustre anciano; la bella cuanto bondadosa Clementina, murió á los veinte y dos años, llorada por el autor de su existencia que jamás pudo ya consolar- se de tan terrible pérdida.

Hé aquí, benévolos lectores, la vida del célebre Cuvier, constantemente entrega- do al trabajo y á su familia. Este ser es- traordinario llegó seguramente á ser el hombre de la Europa: su presencia lo ani- maba todo, y su palabra aclaraba aun las ciencias mas difíciles. Una gloriosa falan- ge de sabios que le obedecían como á su jefe, estaba siempre á sus órdenes; tenía viajeros en todas las partes del mundo, una biblioteca inmensa, multitud de co- lecciones que llenaban inmensas galerías, y aun cuando se hallase paseando con su hija, si acontecia que encontrase á su paso una flor, una planta, un grano de metal, parábase de repente y se abismaba en sus habituales meditaciones.

¡Ah! ¿Por qué ha de ser tan vasto el po- der de la muerte, que sigue en su carre- ra y de un solo golpe, la existencia de hombres como Cuvier? ¡La vida, aun la mas ocupada, siempre escorta! Bien pron- to llega el momento en que hasta al mis- mo genio le es preciso detenerse. ¡Adios entonces prodigiosos descubrimientos; adios estudios! ¡Nada son ya las ciencias, nada el porvenir! La muerte, esa impla- cable enemiga del género humano, nos toca con su dedo de hierro; entonces ya se cierra nuestro ojo; nuestra mano abandona la pluma que tantas glorias lega á la posteridad y todo ha concluido para nos- otros en este mundo... Así ha terminado su larga y distinguida carrera el ilustre Cuvier.

Ninguno de cuantos se hallaban en la universidad de París el último día que Cu- vier habló en público, puede haber olvida- do aun la solemne tristeza que se apoderó de todos. Verdad es que París entero se ha- llaba en una época harto aciaga; el cólera, esa epidemia horrible, se había posesio- nado de toda la ciudad, y el espanto y el terror imperaban por do quier. Las calles yacían en el mayor silencio, las cátedras se hallaban desiertas, los hospitales esta- ban atestados de enfermos... El carro de la muerte corría por las calles hasta llegar al cementerio, conduciendo los inanima- dos restos de centenares de seres que el día anterior corrían tras los mentidos pla- ceros del mundo y que muy pocas horas habían bastado para hacerles conocer lo efímero de su existencia. Pues bien, hé aquí el terrible momento que el gran Cu- vier eligió para abrir su cátedra, pues comprendió que aquella debía ser la mas útil y feliz distraccion al tédio de la ju- ventud estudiantina. Ninguno de tantos dis- cípulos como corrían á empaparse en las doctrinas del grande hombre faltó al llamamiento de tan ilustre profesor. Iba á hablar de la historia de las cien- cias naturales, del resumen de todos sus conocimientos. Subió á la cátedra, que ya hacia quince años que no había ocupado, y Dios sabe cuántos fueron los aplausos que su sola vista arrancó á la multitud ad- mirada. Comenzó á hablar; pero, ¡cielos! ¿sobre qué versó su discurso? ¡Tan pron- to lo hemos perdido, que ni aun tiempo tuvimos para recordar sus últimas pala- bras! Habló de la tierra, de las revolucio- nes que había sufrido, de las presentes y



y venideras, del número de sus habitantes... y cuando con su elocuente naturalidad llegó á hablar de la creacion, abrió los ojos hácia el Criador. ¡Ah! este movimiento fué sublime! pero cuando desde el apogeo de esa inteligencia suprema que jamás puede morir, y que dirige el mundo; cuando apagada ya la llama de un entusiasmo santo, atrajo sobre sí mismo otra inteligencia terrestre y perecedera, una nueva tristeza se amparó repentinamente de su corazón y de su semblante. «Plegue al cielo, dijo terminando, que me queden bastantes fuerzas aun para llevar á cabo tan honrosa empresa.» Despues calló, bajó de la cátedra, y todos sus discípulos le acompañaron con el mayor silencio hasta su morada, heridos como él de un siniestro presentimiento. Y en efecto, ya no debían verle ni oír mas sus elocuentes discursos: acababa de dirigir á sus queridos discípulos el último adiós. Apenas entrado en su casa, y cuando poniéndose á la mesa se disponía para dar al cuerpo el alimento acostumbrado, sintióse de pronto atacado de una parálisis que, apoderándose de todos sus miembros, le dejó sin acción: su voz era débil cual la de un

niño. Ya solo restaba algo de vida en la cabeza y en el corazón, y como aquel era un hombre á quien nada podía ocultarse, conoció desde luego que se aproximaba su último instante, y dijo á su inconsolable esposa: ¡me muero!

Tan luego como se difundió la noticia de aquel inminente peligro, vióse á todo París llenarse de la mayor consternación. Todos volaban á prestar los inútiles socorros de su amistad y de su consejo, y sus numerosos discípulos corrían aceleradamente á la ilustre morada del grande hombre para adquirir algunas noticias sobre la tan cara salud del que, perdida ya toda esperanza, acababa de pronunciar su sentencia y que entregó su alma al Criador, recomendando con el mayor afán la conservación de sus numerosas colecciones y demás trabajos científicos. Su muerte acaeció á las nueve de la noche del día 13 de mayo de 1832, perdiendo en él la Francia á su hijo mas querido, al orgullo de una de las mas cultas naciones de Europa, y el mundo todo á uno de los sábios mas ilustres; al genio colosal por excelencia!

París entero, esa grande ciudad que tan respetuosa admiración habia tributa-

do al hombre de genio, quiso acompañar sus inanimados restos hasta su última morada. Esto no obstante, la corte francesa se hallaba muy lejos de una época de venturosa tranquilidad, y la muerte volaba por todas partes. En el fúnebre cortejo que acompañaba á Jorge Cuvier, habia hombres que se esponían á la muerte yendo hasta el cementerio; sin embargo, acompañábanle á riesgo de perder su propia existencia. Y en efecto, muchos de ellos murieron al volver de tan lúgubre expedición. Aquel día el cielo se hallaba cargado de nubes, la tierra brotaba agua, y el cólera pudo escoger á su gusto las tristes víctimas de su encarnizado furor entre los millares de admiradores de aquel sabio, que llenos de consternación seguían el carruaje mortuario en que descansaban los inanimados restos del gran Cuvier. ¡Jamás puede haber una oración fúnebre mas religiosa que aquella en que muchos seres mueren gustosos por haber querido rendir á un hombre eminente los honores que tan de justicia le son debidos!

J. A. DE ESCALANTE.

## EL CIVILIZADOR

6

### HISTORIA DE LA HUMANIDAD POR SUS GRANDES HOMBRES.

Tal es el título adoptado por el célebre escritor francés, *Alfonso de Lamartine*, para una publicación mensual que sale á luz en París desde marzo último. En cuanto á su objeto, el autor lo esplica en estas palabras: «La vida del género humano, dice, se resume completamente en la de los hombres superiores de todas las épocas y de todos los países, que han ilustrado, dominado y esclarecido su siglo, y en los que el género humano se personifica á los ojos del porvenir. Los anales del universo no escitan interés sino por sus actores, pues los acontecimientos en sí son siempre frios é inanimados; por eso la historia no vive ni palpita sino en el corazón de los sábios, de los héroes, de los filósofos y de los grandes ciudadanos, hombres de carne y hueso como nosotros. Solo por estos personajes y por sus nombres propios se graba la historia en la imaginación del pueblo, que sin conocer el encañamiento de ideas y de sucesos, en medio de los cuales la Providencia le arroja un momento sobre la tierra, se empapa en el agua de la época en que vive; pero como no conoce el origen del manantial, es preciso enseñárselo. La historia es la geografía del tiempo.»

En la introducción, que forma la entrega ó número 1.º del *Civilizador*, da Mr. de Lamartine mas detalles sobre su plan, que se reduce, en último extremo á escribir la *Vida de los hombres célebres*, que por su valor ó por su ciencia han marcado con su nombre un período histórico, tales como Moisés, Homero, Carlos V, Napoleon, etc.; y aun cuando en la publicación de estas biografías no se propone el autor guardar el orden cronológico, la colección estará combinada de modo que abrace todos los acontecimientos memorables desde la creación del mundo hasta el presente.

Nosotros, que hemos concedido á las *Obras de Lamartine* el lugar que se merecen en nuestras publicaciones, no podíamos menos de dispensar igual acogida á la última, y acaso la mas importante de ellas; pero no hallábamos fácil de combinar la forma para lograr el doble objeto de que los suscritores la tuviesen pronto y económicamente. Por fin cre-

mos haber acertado á resolver el problema; hé aqui la muestra. El *Civilizador* se incluirá en el *Album Pintoresco*, llenando en cada número las cuatro páginas interiores de dicho periódico; estas páginas llevarán signatura y foliación aparte, de modo que cortadas formen un libro independiente; así los suscritores á la *Biblioteca Española*, que reciben gratis el *Album*, tendrán á la vez un periódico y una obra, que podrán encuadernar separadamente. Con la materia que entrará en los cuatro ó cinco números del *Album* de cada mes, se completará una biografía, ó lo que es lo mismo, el equivalente á un número del periódico de Lamartine, poco mas ó menos; y como este no sale sino una vez al mes, podremos ir al nivel con la publicación de París. Todas las biografías llevarán al frente su correspondiente retrato, mucho mejor que el de la edición francesa. La publicación principiará en el número próximo.

#### AVISO IMPORTANTE.

El *ALBUM PINTORESCO* se ha fundado para regalarlo á los suscritores á la *BIBLIOTECA ESPAÑOLA* por cualquiera concepto que sean; pero el que no recibe por lo menos una de las obras en publicación ó retira la cantidad que tiene impuesta en la empresa, pierde el derecho al periódico. Sobre este punto no admitiremos jamás reclamaciones ni usaremos de condescendencia con nadie, porque destruiria el objeto, y el enorme gasto que hacemos sería inútil. El suscriptor es dueño de tomar nada mas que aquellas obras que le convengan entre las que publiquemos; pero cuando no tome ninguna no puede considerarse suscrito; esto es tan claro que parece no debia admitir duda; sin embargo, como hay quien insiste en reclamar, nos vemos precisados á insistir en la negativa aunque con sentimiento, porque naturalmente deseamos complacer; pero este es un punto en el que no es posible hacer ni una sola escepción.

MADRID: 1852.—ESTAB. TIPOG. DE MELLADO, CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 8.